

LA CHINA DE LA INCREDELIDAD (1)

MIS oídos zumban todavía de las dieciséis horas de avión. He ahí de pronto el intenso sol de Pekín, que le hace a uno guñar los ojos, el metálico tintineo de los timbres de los centenares de bicicletas que suben y bajan por la avenida de la Larga Paz, los retratos de Lenin, Stalin y Mao que arañan la vista del viajero cuando éste pasa por la plaza Tian'an Men, y el olor de China: especias, pescado seco, ajo con azúcar y un océano de hombres, un pueblo al que amo apasionadamente.

Un cuarto de siglo después de mi primer descubrimiento, reencontrar a China, desde Hong Kong hasta la gran muralla, desde Pekín hasta Cantón, desde las grandes llanuras del Norte a los arrozales del Sur. Mi corazón palpita a cada paso que doy. China ha sido, es todavía, como para tantos de mis contemporáneos, uno de los grandes temas de mi vida. Es ese espacio en el que coexisten la extrema miseria y la extrema civilización. Ocho-cientos millones de pobres para quienes sobrevivir es una diaria tarea de Sisifo. Pero también algunas de las respuestas más inteligentes que haya dado la Humanidad al enigma de la vida.

Escribí mi libro "Claves para China" en 1953. Amalgama de un conjunto de cosas vistas, y que después de tantos años sigo considerando bien vistas, de análisis deficientes (la "extrapolación de las curvas", la tendencia a imaginar el futuro como simple prolongación de la situación del momento) y —por último— de esperanzas frustradas: el socialismo de rostro humano, el comunismo sin estalinismo iban, pensaba yo entonces, a desarrollarse plenamente en aquella tierra. En la "nueva democracia" de que hablaba Mao se hacía especial hincapié en la palabra **democracia**. Era la China del "Frente Unido", China iba a continuar en la paz la guerra contra el Japón y contra la absurda y corrupta dictadura de Chang Kai-shek. El comunismo chino prometía ser una

"¿China popular? Iba a hacer madurar las cosechas, yugular sus ríos, extirpar las plagas, liberar a las mujeres, instruir a los ignorantes, barrer las secuelas del colonialismo y el feudalismo, abastecer a todos de arroz y devolverles a sus ciudadanos su orgullo de hombre. Todo eso se hizo en unos pocos años. Después se deshizo en sólo veinte". Este terrible descubrimiento es producto de un viaje a China de tres semanas del que Claude Roy acaba de regresar.

CLAUDE ROY

revolución mediante la razón: "Asegurar al partido el papel dirigente —declaraba entonces Mao Tse-tung— no significa obligar con arrogancia a los demás a someterse a nuestras órdenes. Es convenir y educar a los no comunistas con la justicia de la política del partido y el ejemplo diario de nuestro trabajo a fin de que aquéllos lleguen a aceptar de buen grado nuestras propuestas".

Marxistas y demócratas juntos, unidos a todo un pueblo rebosante de entusiasmo, iban a empuñar las armas de la persuasión, de la abnegación, la paciencia y la astucia. China popular iba a hacer madurar las cosechas, a yugular los ríos, a extirpar las plagas, a liberar a las mujeres, a instruir a los ignorantes, a barrer las secuelas del colonialismo y del feudalismo, a alimentar a todos sus ciudadanos y devolverles su orgullo de hombres. Casi todo eso se hizo en unos años. Para deshacerse después en otros veinte. Hoy, a un pueblo cuyos ingresos medios por individuo son de menos de veinte mil pesetas anuales, el presidente Hua Guofeng le anuncia "tres años de austeridad" indispensables. La austeridad de quienes apenas tienen hoy lo necesario, ¿qué puede significar? ¿Qué terrible prueba? Diez años de pasos al frente. Después, veinte años locos de grandes saltos atrás. ¿Era inevitable?

Del período que va de 1957 a 1966, de las cien flores y de su brutal represión durante la gran revolución cultural proletaria guardaré silencio en público, angustia en el corazón y ciertos lazos difíciles con mis amigos de China. Mao fue un hombre de auténtico genio. Los proble-

mas de China son enormes. La URSS la abandonó brutalmente. ¿Abrumar aún más a una China ya suficientemente abrumada? De ninguna manera.

REVOLUCION "CULTURAL".—En las cartas que me envían entonces mis amigos de Pekín me agradecen el que

"no me sumase a los aullidos de la manada de lobos" ni "uniese mi voz a las calumnias conjugadas de los imperialistas y los 'revisionistas' contra la China Popular".

Sin embargo, cuando estalla la revolución cultural, rompo el silencio que había guardado hasta entonces. Mi "carta abierta a Chao" (nombre que resume los de Zhao Shuli, Lao She, Luo Dakang y tantos otros amigos chinos comunistas o no) aparece en "Le Monde" del 8 de septiembre de 1966 bajo el título de "Setecientos millones de santos". China se sale de madre. La Francia intelectual desborda de entusiasmo. En todas partes, órganos de prensa y "cenáculos" de la

Hace un cuarto de siglo, China Popular lanzaba una gran batalla para la conquista de la igualdad entre la mujer y el hombre, para abolir el "matrimonio arreglado", la venta de las hijas como simple mercancía. Pero ahora son las mujeres las que imponen sus condiciones al hombre.





"intelligentsia" francesa, se exalta la gran revolución cultural. Yo me siento como una solitaria hormiguita que trata de sermonear a un volcán en erupción. Lo que me aterroza del maquiavélico huracán desencadenado por Mao para recuperar el poder no es sobre todo (en lo que me equivoco) la violencia, sino la imbecilidad (los hechos me darán, ¡ay!, la razón). Su expresión más visible (aunque no la única) es el proceso a los intelectuales. Culpables de haber apoyado "la teoría de 'escribir la verdad', teoría revisionista", de haber exaltado "la simpatía humana", "el amor hacia las gentes modestas". Pero la experiencia soviética nos ha enseñado que cuando se persigue a los intelectuales, barómetro de una nación, los obreros, los campesinos, el pueblo tampoco se salvan.

Concluí mi ridícula y vana amonestación con estas palabras:

"Permitídmme que os diga, querido Chao, que los crímenes 'contrarrevolucionarios' de estos intelectuales tal vez sean considerados un día como el máximo servicio que podría hacerse a vuestra revolución y a vuestro pueblo. Ya se trate de escribir un libro, de desarrollar la producción, de ganar una guerra, el entusiasmo y el ímpetu son imprescindibles. Pero decir y saber la verdad no lo son menos. Como tampoco saber mirar lejos, saber que los hombres y los problemas son complejos. Saber escuchar la voz del pueblo. Dar responsabilidades a las personas competentes, sabias y 'de gran cultura'. Guardaos, querido Chao, de la contrarrevolución. Pero, sobre todo, guardaos de la imbecilidad. Las flores en la nieve son, sí, un lujo. La inteligencia, jamás".

TERROR Y DESCENTRALIZACIÓN.—Si, me dice L., en 1945 solamente se subestimaba la cifra de millones de soviéticos deportados, ejecutados o muertos durante las grandes épocas de hambre. Pero fuera de la URSS se conocía más o menos exactamente el número y el emplazamiento de los campos. Hoy en China nadie (salvo los del Ministerio de la Seguridad Pública) puede decir cuántos campos de "reeducación" y "granjas del Estado" y cárceles hay, dónde se encuentran, cuántos deportados permane-



LA CHINA DE LA INCRECULIDAD

cen allí encerrados. Aunque de todas formas un mapa preciso de los campos y unas estadísticas de la población concentracionaria no daría minimamente cuenta de lo que esa representación durante la revolución cultural.

"Como ocurrió durante el gran salto adelante con la siderurgia china, repartida entre centenares de millares de pequeños altos hornos, de unidades, de brigadas, de aldeas, comunas, etc., de igual modo durante la gran revolución cultural proletaria se descentralizó el terror. Había —hay todavía, es cierto— un sistema central del Gulag chino. Pero entre 1966 y 1976 cada 'unidad de trabajo' tenía su cárcel artesanal, sus carceleros aficionados, su tribunal popular... Aún no se había llegado a abolir del todo la distinción manual-intelectual, ciudad-campo. Pero se había conseguido borrar por completo las diferencias entre civil y 'judicial', ciudadano y policía, camarada y verdugo. Los escolares aprendían, al mismo tiempo que la escritura, a vigilar a los sospechosos, a denunciarlos, 'criticarlos', encerrarlos, golpearlos y, si así lo decidía el 'tribunal popular', a asistir a su ejecución como si de una fiesta se tratase".

"El terror 'interiorizado' y exteriorizado no cesaba jamás. Pero las acusaciones variaban según el viento. Durante una temporada se perseguía a los lushaoquistas... Luego, a la gente sospechosa de formar parte del grupo del 16 de mayo... Más tarde les tocaba el turno a los cómplices de Lin Piao... De todas formas, los muertos estaban bien muertos y los vivos podían acumular en sus cabezas todo tipo de acusaciones...".

"PASO AL COMUNISMO".—A sus veintisiete años, ¿Lu es un trabajador "intelectual" o "manual"? Como tenía "un dudoso origen social" (su padre era profesor de francés en la Universidad de M.) no pudo hacer estudios secundarios y hoy es herrero; pero como es inteligente y curioso, ha leído todo lo que ha podido y no ha dejado de meditar. Como tenía alma de "rebelde", Lu fue guardia rojo y viajó gritando su "re-

vuelta" por toda China. Pero como era demasiado "rebelde" le enviaron a que refrescase las ideas en el campo durante cinco años. Como no podía dejar de hacerse preguntas, allí se dedicó a estudiar la vida de los campesinos como un "sociólogo salvaje". Pero como al mismo tiempo a nadie le están permitidas las ideas "incorrectas" sobre la sociedad china, las guardó para sí (y para algunos de sus camaradas).

Igual que todos sus camaradas, Lu sólo tiene siete días de vacaciones al año, aparte de los domingos, del Año Nuevo, de tres días con ocasión de la Fiesta de la Primavera; siete días empleados en parte en desfilar por obligación (el primero de mayo, el primero de octubre). De ahí que Lu sólo disponga de las tardes para leer, discutir con sus amigos e ir al parque con su novia, con quien se casará el día que: 1) sus jefes, su "unidad de trabajo" y los de su novia consientan en su matrimonio; 2) la pareja encuentre vivienda; 3) puedan comprar una cama, una vajilla, un hornillo, una segunda bicicleta para la muchacha, una máquina de coser, etcétera.

Pero como Lu sabía francés —su padre se lo había enseñado en casa— "respondió al llamamiento del Gobierno" y ahora estudia inglés (escuchando muy temprano, antes de ir a trabajar, las lecciones difundidas por la Voz de América). Lu tiene una teoría personal de China Popular. Lo positivo es que el Presidente Mao condujese a la China desde el semi-feudalismo y la descomposición social al socialismo. Lo negativo es que tratase de forzar la marcha hacia el comunismo.

El socialismo —dice— ha aumentado en una decena de años las esperanzas de vida media de un chino, que ha pasado de los sesenta años contra cuarenta y siete en el Bangladesh, y ha rebajado el índice de mortalidad infantil a un nivel de los más bajos entre los países del Tercer Mundo.

El comunismo disminuyó muy sensiblemente esa media matando de hambre a millares de campesinos después del gran salto adelante y ma-

tando también a centenares de millares de inocentes en la represión que caracterizó a la revolución cultural y durante los años de poder de la Banda de los Cuatro.

El socialismo consiguió enseñar a leer y a escribir a noventa y cinco de cada cien chinos y desarrolló considerablemente la enseñanza primaria, secundaria y superior.

El comunismo suprimió casi totalmente los libros, hizo de las librerías un desierto poblado de millares de ejemplares de las obras de Mao y convirtió a los periódicos y revistas en monótonos y vacíos devocionarios.

El socialismo liberó a las masas de un buen número de supersticiones, de nefastas costumbres, de ignorancias.

El comunismo erigió inmediatamente nuevos altares, transformó el culto de los antepasados en culto de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao.

El socialismo consiguió en unos años reducir las desigualdades en el seno del pueblo, organizar una vida austera aunque bastante equitativa, en comunicar a la masa de los chinos el sentimiento del deber cívico, el gusto del trabajo en común, el entu-

siasmo, el orgullo nacional.

El comunismo consiguió, como jugando, reconstruir una burocracia y una clase dirigente privilegiada, reconstruir un sistema de rígidas desigualdades, desigualdad del saber y de la información, desigualdad de salarios, del poder, etcétera.

Así desarrolló Lu su análisis de la historia china contemporánea. Un análisis que, en mi opinión, va más lejos y es más profundo que la mayoría de los cientos de libros que, desde hace treinta años, han publicado los "especialistas en la China". Pero temo que en París Lu sería tratado despectivamente de "socialdemócrata".

LA DIFICULTAD DE SER MUJER.—Hace un cuarto de siglo, China Popular lanzaba una gran batalla para la conquista de la igualdad entre la mujer y el hombre. Para abolir el "matrimonio arreglado", la venta de las hijas como simples mercancías. Para dar a la mujer el derecho a un salario igual por un trabajo igual. Si bien el objetivo está así lejos de convertirse en realidad, las campañas actuales demuestran

Una instructora da lecciones de higiene a un grupo a bordo





China es ese espacio en el que coexisten la extrema miseria y la extrema civilización.

que se ha realizado parte al menos de este programa. Es verdad, explicaba recientemente Kang Keqing, presidente de la Federación Nacional de Mujeres, la fraseología de la camarilla de Lin Piao y la Banda de los Cuatro opuso durante años el amor, sentimiento burgués, a la revolución. Todo ello ha tenido como consecuencia, según nos explican, "una falta de

trabajo ideológico cerca de los jóvenes", la prohibición de tratar el tema del amor lo mismo en el escenario que en la pantalla o las obras literarias y artísticas. "Por eso mismo la ideología y las antiguas tradiciones volvieron a recuperar terreno".

Algunos jóvenes se fueron tras aquéllos o aquéllas que tenían dinero o un buen físico. En el noviazgo y el matrimonio volvió a pesar la importancia de la dote.

Pero lo que no añade Kang Keqing, y sin embargo yo lo he podido constatar en mis conversaciones con la gente joven, es que a veces se invierte esa "relación de fuerza": ahora son las muchachas las que imponen sus condiciones. "Mi novia —me dice Yu—, camionero de profesión, no aceptará casarse conmigo hasta que le haya comprado una bicicleta, un reloj de pulsera, una máquina de coser y un transistor. Por lo menos 800 o 1.000 yuans. Y yo no gano más de 46 al mes...". "¿Entonces?". "Bueno, hago chapuzas para poder ahorrar dinero..."

QUE HABLEN LOS HECHOS.—La Unión de los Escritores me ha invitado a cenar en compañía de algunos colegas. Una vez admitida la regla del juego social, que consiste en silenciar el problema Mao, la conversación es extremadamente directa y franca.

Cao Yu, célebre autor de "La tempestad" y de "La au-

rorra", frescos de la descomposición de la sociedad china, escritos y representados durante los años treinta, ha reasumido la dirección del teatro de la capital. Su teatro estuvo cerrado durante años y sólo se abría de tarde en tarde para una representación de alguna de las ocho "óperas revolucionarias" de la señora Mao. Más afortunado que muchos de sus colegas, Cao Yu, cuyas obras fueron retiradas de los teatros y del mundo de la edición, no tuvo que abandonar, pese a todo, su teatro de la calle Wang-Fu-Jin. "Le hicieron portero y encargado de la limpieza", me indica discretamente una de sus colaboradoras. Pero el gran poeta Ai Tsin, tras largos años de "reeducación", ha recobrado la libertad y perdido un ojo a consecuencia del mal tratamiento recibido en el hospital de la capital.

De los tres autores de la célebre crónica del "Qian Xian", "La aldea de los tres", Wu Han (historiador y vicealcalde de Pekín cuya "crítica" de la obra "La destitución de Hai Rui", que ahora se ha vuelto a montar, fue en 1965 el detonante de la revolución cultural), Deng Tuo y Liao Moscha, sólo este último ha logrado sobrevivir a las "persecuciones de la Banda de los Cuatro". Me enteré también de que el escritor Hu Feng sigue vivo. No ha sido oficialmente "rehabilitado", pero trabaja en una organización provincial. Hu Feng había de-

saparecido en 1956, cuando Zhu Yang (quien, por otro lado, ha sido nombrado de nuevo vicepresidente de la Academia de Ciencias Sociales) lanzó a la jauría contra ese "pérfido elemento".

Pero el autor de la novela "Los constructores", Lu Zeng, perseguido durante años como "hierba venenosa" y "escritor siniestro", volvió de su exilio para morir tras varias operaciones en el hospital de Anhui, donde le deportaron a raíz de un artículo de Yao Wenywan, uno de la Banda de los Cuatro. Casi ninguno de los reunidos a cenar esta noche en el hotel Xin Qian de los intelectuales que fallecieron o lograron sobrevivir al largo terror pudo evitar en un momento u otro la autocrítica ritual ni la "crítica" acusadora de las "hierbas venenosas" del prójimo. "Sólo después de mi tercera autocrítica —me confiesa el viejo Ba Jin (Pa Kin)— comencé a decirme a mí mismo que no era yo quien estaba equivocado, sino ellos..."

Uno de mis interlocutores, mientras hablamos de la amplitud de la represión que no ha perdonado a ninguna categoría social, se pregunta si la cifra de 400.000 víctimas de la revolución cultural, cifra que dio Chu En-lai en una entrevista concedida a Edgar Snow, no está muy por debajo de la realidad. Debe de ser así.

No creo, ciertamente, al pie de la letra a los dirigentes actuales. Al igual que los herederos de Stalin desestalinizaron a la manera stalinista, los sucesores de Mao "desmaoizan" al estilo maoísta. Las mismas fórmulas estereotipadas, idénticas acusaciones absurdas, el mismo argot sirven para "criticar" a los Cuatro después de haber servido para "criticar" a los "derechistas" de las Cien Flores, a Liu Shaoqi, Lin Piao, etcétera.

ESPECTACULOS.—La "tierra quemada" de la revolución cultural ha dejado al teatro y al cine chinos en un estado del que apenas comienzan a salir. "Durante ocho años —escribe el "Guangming Ribao"— los estudios estuvieron vacíos, sin que se rodase un solo film". Ahora se vuelve a poner las viejas películas de los años sesenta prohibidas por la Banda de los Cuatro: "Ondas tumultuo-

un junco pesquero.



LA CHINA DE LA INCRECULIDAD

sas del río Rojo", "El niño nacido entre llamas" o los innumerables films de espionaje antisoviéticos. También empiezan a salir las pocas películas rodadas desde el "deshielo". Pero si el viajero entra por casualidad en un cine de Cantón, de Shanghai o de Pekín lo más probable es que se encuentre con la proyección de una película histórica situada en la época de Tang y rodada en Hong Kong (con subtítulos en mandarín y en inglés), con una de las seis cintas de Chaplin adquiridas recientemente por China y que están teniendo un gran éxito, o con "La puta respetuosa" o "Muerte en el Nilo".

ESTRATAGEMA.—Teatro del Viento del Este. El célebre actor Tan Yuanshu, que logró escapar de la gran purga de la ópera, vuelve a representar la ópera clásica de Pekín, "Kong Cheng Ji", "La estratagema de la fortaleza vacía", basada en la famosa novela histórica "Los tres reinos", libro que ha inspirado más de ciento cincuenta obras teatrales. El autor de la novela, Luo Guanzhong da forma, a finales de la dinastía de los Yuan y al comienzo de la de los Ming (siglo XIV), a una antiquísima saga oral, la gesta de las luchas políticas y militares que desgarraron a China en el siglo III de nuestra era.

La sala está abarrotada: privado durante diez años de su arte predilecto, condenado a ver una y otra vez durante todo ese período las mismas ocho óperas "revolucionarias" impuestas a 800 millones de chinos por Jian Qing (la señora Mao), el público chino, lo mismo en Pekín que en otras ciudades, acude en masa a la ópera reencontrada. "Unos cuantos años más de dictadura de los Cuatro—me dice un actor— y la ópera china habría desaparecido para siempre, los actores se hubiesen visto diezmados, se hubiese suspendido la formación de los actores, la tradición se habría perdido. Un inimaginable genocidio cultural..."

El "Kong Chen Ji" relata un célebre episodio de "Los tres reinos". El primer ministro, general Zhu Geliang, atacado en su fortaleza de Xie Cheng por el general enemigo

Sima Yi, se encuentra en una situación desesperada, sin soldados, ni viveres, ni armas. Decide entonces restablecer la situación con una estratagema: manda dejar abiertas de par en par las puertas de la ciudad y ordena a sus hombres que se dediquen a barrer tranquilamente el umbral. Cuando llega Sima Yi a las puertas de la ciudadela se encuentra a Zhu Geliang tocando el qin, especie de violín chino, encaramado en las murallas. Sima Yi se huele una estratagema, pero vacila. Decide confiar en sus oídos. Si la música que exhala el violín de su enemigo es tan armoniosa y apacible ello no puede significar otra cosa que quien toca el instrumento rebosa de paz interior. Y tal estado de espíritu significa necesariamente que la defensa de la ciudadela está asegurada. El solo de violín es de una pureza extrema. La música expresa una serenidad soberana. El atacante levanta el sitio sin librar combate. De esa forma se salva la fortaleza.

"Los tres reinos" fue, ya se sabe, una de las novelas de las que se nutrió Mao toda su vida. Uno no puede menos de sorprenderse de la ingeniosidad demostrada por los maólatras occidentales para "explicar" lo que ocurría en China. Recurrían a la inconmensurable diferencia entre los amarillos y el resto de la Humanidad: los chinos no tienen la misma experiencia del

deseo que nosotros. La palabra "libertad" no significa tampoco lo mismo para ellos. La "especificidad" china impedía a los maólatras ver algo que saltaba, sin embargo, a la vista: que en las peleas de fieras en la cumbre del imperio maóista, en el juego de ajedrez chino y de estrategias sutiles y feroces desplegadas desde 1957 en la nueva ciudad prohibida de Tian'an Men el arte de la estratagema hundía sus raíces en la historia de China, y en especial en los libros de cabecera de Mao. Como Zhu Geliang, que toca apaciblemente el qin en el momento de máximo peligro, Mao, amenazado por quienes tratan de destruirle, escribe un poema que pondrá de manifiesto su dominio interior y urde secretamente las intrigas que le asegurarán la victoria.

REHABILITACIONES.—Todas las mañanas se busca en el "Renmin Ribao" noticia de los últimos rehabilitados. Si se trata de algún superviviente conocido, su foto aparece en primera. El rehabilitado habrá pasado seguramente por el hospital de la capital a su regreso del campo, de la cárcel o del lugar donde estuvo deportado. Esta mañana es Ding Ling, novelista, comunista de primera hora, feminista indomable que supo alternar el repliegue elástico y la rebelión, la autocrítica (que sólo muy pocos rechazaron) y el valor

indómito, el personaje que reaparece oficialmente. Setenta y tres años, cuarenta y ocho de militancia en el partido, tres de cárcel bajo Chang Kai-shek, un marido fusilado, diez años en Yenan, sin que jamás ocultase lo que pensaba de Mao, diez libros en su haber. En 1958 cayó en desgracia, fue excluida del partido y deportada. Pero Ding Ling sigue viva. Se volverá a hablar de ella, estoy seguro.

Los muertos, "víctimas de las persecuciones de la Banda de los Cuatro", son trasladados en sus respectivas urnas cinerarias al cementerio de los Héroes: con una ceremonia se honra su memoria. Todos los días son rehabilitados centenares de fallecidos. La gente sólo se fija en los nombres de los más conocidos. Las circunstancias de su muerte nunca se aclaran del todo: muertos de una paliza, fusilados, torturados, etc. Su enumeración recuerda la de los miembros del Presidium en la tribuna oficial: Liu Changsheng, ex vicepresidente de la Federación de Sindicatos de China; Zhang Linzhi, ex ministro de la Construcción; Liao Luyan, ex ministro de Agricultura; Xiu Zirong, ex viceministro de Seguridad Pública... La lista es interminable.

Y en nombre de los innumerables muertos sin nombre, sin grado, sin gloria, en nombre de los desconocidos, el barrendero Che Chunli evoca esta mañana el recuerdo de su padre, Che Zhuangxiong, pocero de Pekín. Che fue declarado, durante la gran revolución cultural proletaria, "traidor a la clase obrera". Su hijo nos cuenta: "Mi padre no se sometió, convencido como estaba de que un día u otro el Presidente Mao y el primer ministro Chu En-lai acudirían a salvarle". No lo hicieron. El pocero Che Zhuangxiang murió en 1975 "víctima de las persecuciones de la Banda de los Cuatro". Ahora le han rehabilitado. Su hijo, el barrendero, nos jura solemnemente "hacer de nuestra capital una ciudad limpia y hermosa". ■ C. R. © Le Nouvel Observateur y TRIUNFO, 1979.



Para los jóvenes, la gimnasia cobra formas de lucha y, a la vez, de gra-ciosos movimientos rituales.